

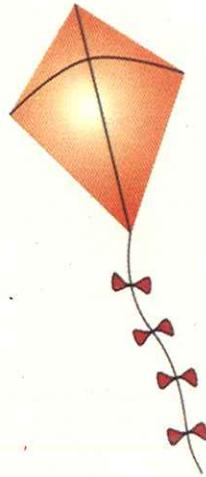
LA CUNCUNA FILOMENA es un relato tierno y ameno que, mediante sus protagonistas, destaca graciosamente el valor de la amistad a pesar de las diferencias individuales

Esta obra nos confirma que con la ayuda de nuestros amigos, los «moi» pueden transformarse en realidad si perseveramos en ellos. GISELA HERTLING, licenciada en Física (PU), se interesa en la divulgación científica, a través de su cargo de ayudante de investigación en la cátedra de Astronomía.

Para complementar su interés en esta divulgación y acercar a la ciencia a los niños y niñas de nuestro país, estudia periodismo y decide, mediante la literatura, lograr su objetivo. En este afán ha escrito varios cuentos, entre ellos La cuncuna Filomena, donde comparte su entusiasmo por la ciencia con el deseo de producir en las nuevas generaciones, una nueva forma de percibir la realidad que nos rodea.



Primeros Lectores



ISBN 956-264-234-8



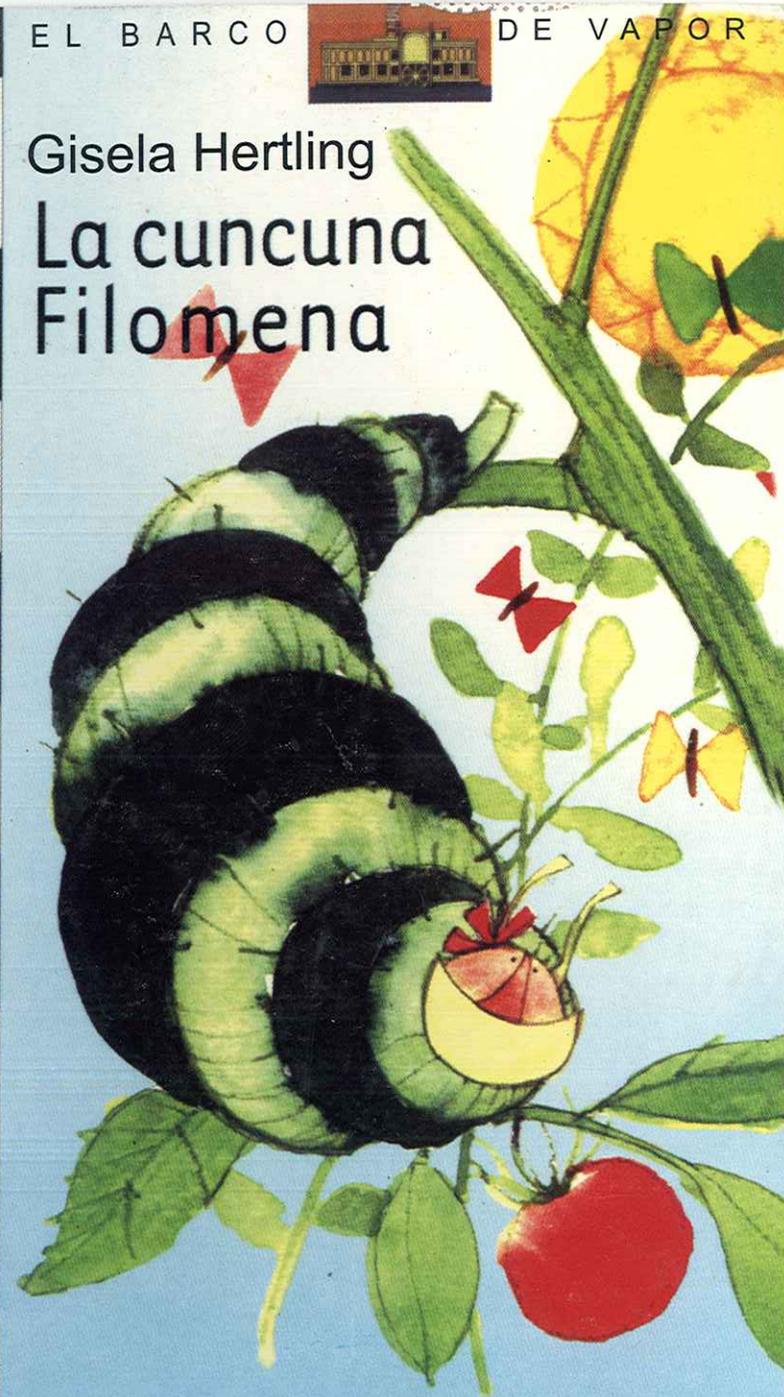
sm

COLECCIÓN VOLANTÍN

EL BARCO DE VAPOR



Gisela Hertling
La cuncuna
Filomena



Dirección editorial: **Rodolfo Hidalgo Caprile**

Ilustraciones y cubierta: Isabel Hojas

Diagramación: Mauricio Fresard

© Gisela Hertling P.

© Ediciones sm Chile S.A.

Pedro de Valdivia 555, piso 11, Providencia, Santiago.

ISBN: 956-264-234-8

Depósito legal: 139.485

Tercera edición, julio 2006, 2.000 ejemplares.

Impresión: MAVAL LTDA.
San José 5862, Santiago

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

© UNA CUNCUNA - Lulú Corcuera – Grupo Mazapán

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni su transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

La cuncuna Filomena

Gisela Hertling P.

BIBLIOTECA TOLTEN
JV. C16 PARQUE
LOS DOMINICOS

1325. ✓

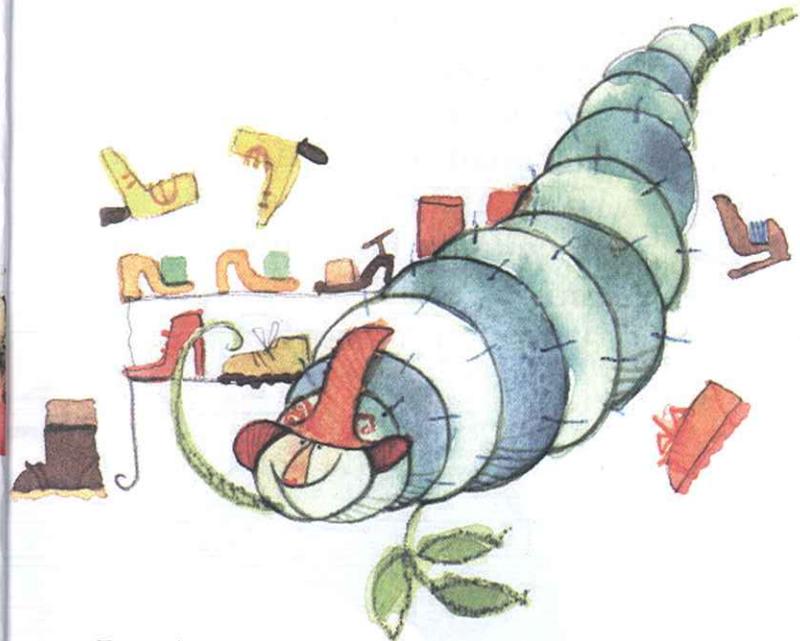


HABÍA UNA vez una cuncuna llamada Filomena que vivía en una plantación de tomates.



Y, aunque en el mismo lugar vivían muchas cuncunas, ella casi no tenía amigos.

Sólo hablaba con su hermano



Rigoberto que casi siempre la retaba.

También hablaba con Augusta. Ella era una cuncuna que usaba sombreros de colores fuertes y con muchos adornos. Además, Augusta tenía una inmensa colección de zapatos que no podía usar porque no tenía pies.

Augusta era tan especial que, aparte de vestirse con ropas tan raras, le fascinaba cantar.

Su canción preferida era *La cuncuna* y la tarareaba casi todo el día.

Filomena pensaba que no tenía amigos porque era distinta. Las otras cuncunas comían todo el día. Ella se trepaba hasta la parte más alta de las plantas y comía las hojas, desgajada, mientras miraba al cielo.



“El Sol está tan solo, únicamente puede conversar con la Tierra y, algunas veces, con la Luna”, pensaba.

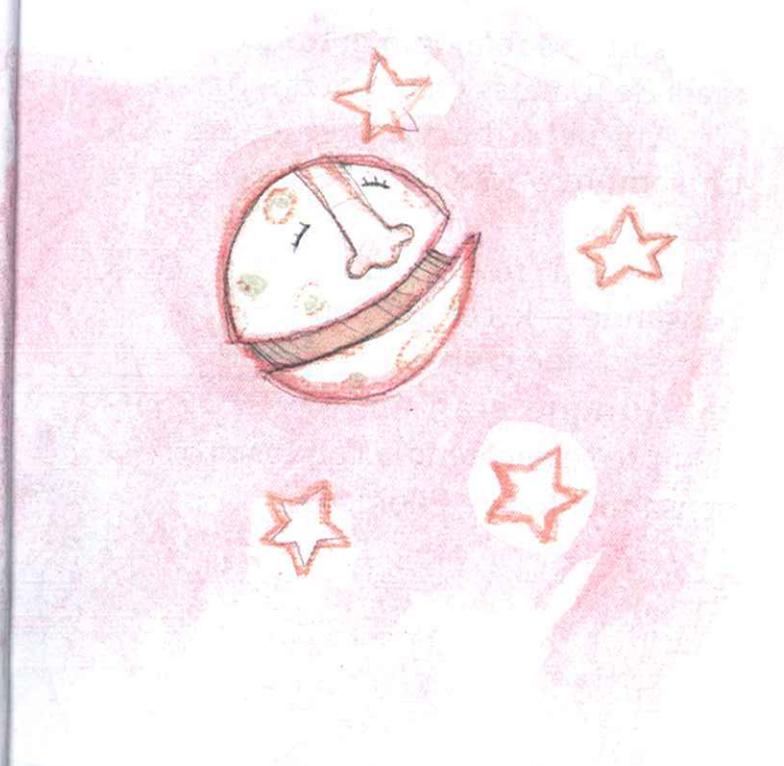
—Filomena, ¡basta! —decía su hermano Rigoberto—. Come y deja de mirar para arriba. Estás flaquísima.

Volvía a comer, pero no dejaba de pensar en la soledad del Sol.

"Somos casi iguales; yo hablo sólo con mi amiga Augusta y, a veces, con Rigoberto", se decía.

Luego, durante la noche, en su casa, se levantaba sin hacer ruido y volvía a mirar al cielo.

"La Luna sí tiene suerte", pensaba. "Están todas las estrellas para acompañarla".



Una mañana, Augusta le dijo:
—Hola Filomena. ¡Qué cansada te ves! —. Y, sin esperar respuesta al saludo, inmediatamente se puso a cantar:

*Una cuncuna amarilla
debajo de un hongo vivía.
Allí debajo de una rama,
tenía escondida su cama...*

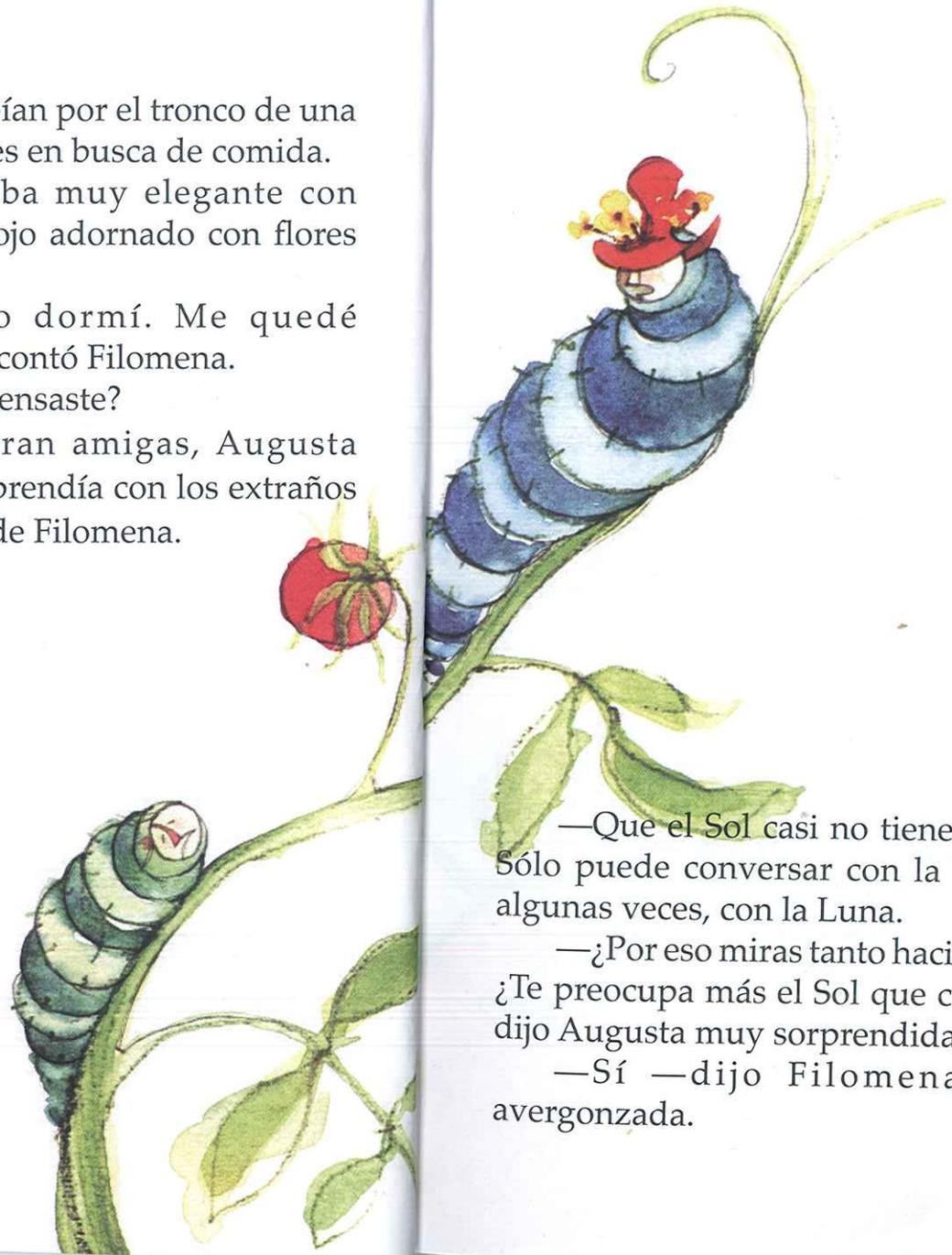
Ambas subían por el tronco de una mata de tomates en busca de comida.

Augusta iba muy elegante con un sombrero rojo adornado con flores amarillas.

—Casi no dormí. Me quedé pensando —le contó Filomena.

—¿Y qué pensaste?

Aunque eran amigas, Augusta siempre se sorprendía con los extraños pensamientos de Filomena.



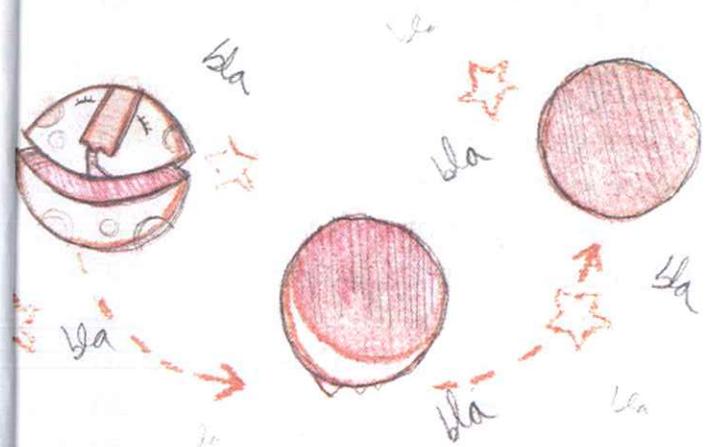
—Que el Sol casi no tiene amigos. Sólo puede conversar con la Tierra y, algunas veces, con la Luna.

—¿Por eso miras tanto hacia arriba? ¿Te preocupa más el Sol que comer?— dijo Augusta muy sorprendida.

—Sí —dijo Filomena, algo avergonzada.

—¿Y no te importa la Luna? Yo la veo tan sola como el Sol.

—No, no está sola. Cuando conversa con la Tierra mira directamente hacia acá y todos le vemos la cara. Otras veces se ve de perfil mirando hacia arriba o hacia abajo. Ahí está conversando con las estrellas de alrededor. Pero, cuando conversa con las que están detrás de ella, nos da la espalda y no la vemos.



—¡Ah, cierto! —Augusta sentía gran admiración por la inteligencia de su amiga.

Filomena siguió en silencio subiendo por el tronco mientras Augusta cantaba:

*Comía pedazos de hojas,
tomaba el sol en las copas.
Le gustaba salir a mirar,
a los bichitos que pueden volar...*

De pronto, Augusta le dijo a su amiga:

—Tu actitud me parece muy poco práctica. Deja de pensar y pregúntale al Sol si se siente solo.

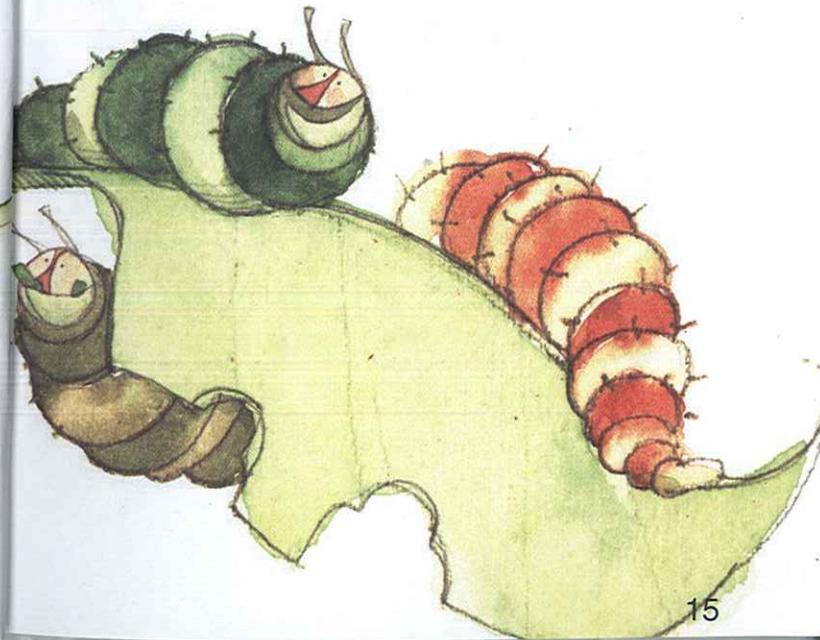
—Ya traté. El otro día me subí a la planta más alta y grité lo más fuerte que pude, pero el Sol no me escuchó.

—Claro, está tan lejos —dijo Augusta—, con indiferencia. Se olvidó de su amiga, y al ver una hoja de aspecto muy apetitoso a la que ya se habían trepado otras cuncunas, corrió tan rápido hacia allá que casi se le vuela su sombrero rojo.



—¡Hola Augusta! Ven a comer conmigo, aquí hay un espacio. ¡Qué bien te ves con ese sombrero! —le decían las otras cuncunas al llegar a la hoja.

“¿Qué diferencia habrá entre Augusta y yo?”, pensaba Filomena. “Ella tiene muchos amigos... y también es diferente”.



“Tiene obsesión por los sombreros, por el canto de *La cuncuna* y por esos zapatos que guarda como un tesoro, aunque no puede usarlos”.

Miró a Augusta y la vio comiendo con los carrillos hinchados junto a otras cuncunas, sonriendo satisfecha.

“Ojalá yo también pudiera tener amigos, no me gusta vivir sola”, pensó Filomena y siguió su camino hacia la parte más alta de la planta.



Ese día Filomena estuvo preocupada. Augusta tenía razón: con sólo darle vueltas al tema nunca sabría la verdad.

De algún modo tenía que comprobar lo que pasaba realmente.

Lo mejor sería pedirle a alguien, que pudiera volar, que fuera a hablar con el Sol.

“Los pájaros carpinteros que viven en el bosque del lado vuelan alto, pero si llamo a uno, me ve y me come”, iba pensando de regreso a casa.

“Lo mismo me pasaría con los chercanes. ¡Le voy a hablar a una mosca!, ellas vuelan más alto que la planta a la que me trepé”.

Augusta, al ver a su amiga Filomena pensativa, le cantó otra estrofa de su canción preferida:

¿Por qué no seré como ellos?

Preguntaba mirando los cielos.

*¿Por qué me tendré que arrastrar?,
si yo lo que quiero es ¡volar!*



A la mañana siguiente, salió temprano de su casa y esperó a que pasara una mosca.

—Mosca, ¡baja!, te quiero pedir un favor —gritó muchas veces, pero ninguna de ellas se detenía.

—Filomena, ¡a comer! —le dijo Rigoberto al salir de casa.

Filomena empezó a subir lentamente por el tronco y siguió pidiéndoles a las moscas que hablaran con ella. Por fin bajó una.

—¿Qué quieres?

—¿Podrías volar hasta el Sol y preguntarle si se siente muy solo?

—¿Hasta el Sol? ¿Estás loca? ¿Acaso hay comida en él?

La mosca estaba escandalizada.

—No, pero... —dijo Filomena y no terminó. La mosca ya había volado hacia otra parte.

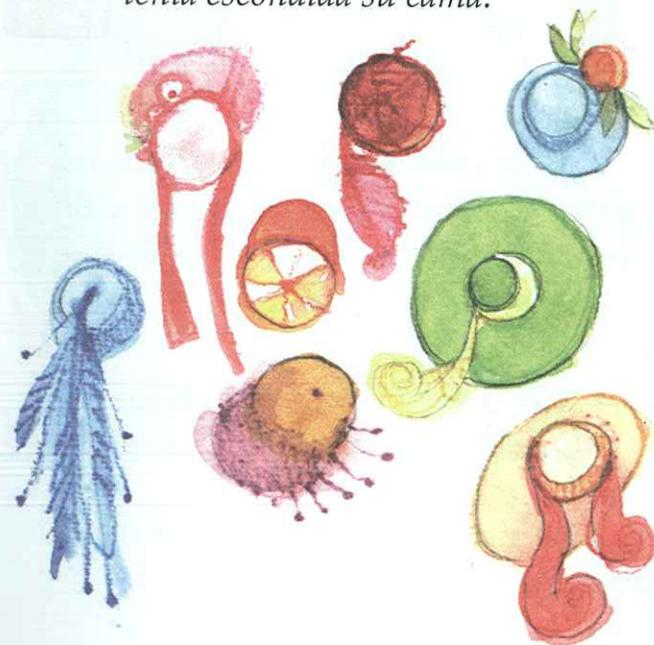


Fue un día triste para Filomena. No pudo dejar de pensar en su fracaso.

Antes de volver a su casa, pasó a saludar a Augusta.

Había sombreros de todos colores colgados de las paredes, también un gran estante lleno de zapatos y se escuchaba...

*Una cuncuna amarilla,
debajo de un hongo vivía.
Allí debajo de una rama,
tenía escondida su cama.*





—¿Cómo te fue? —le preguntó Augusta, dejando de cantar su canción favorita—. En la mañana escuché que estabas hablando con una mosca, ¿voló al Sol?

—No quiso. No hay comida en él.

—Lo siento mucho —dijo Augusta apenada.

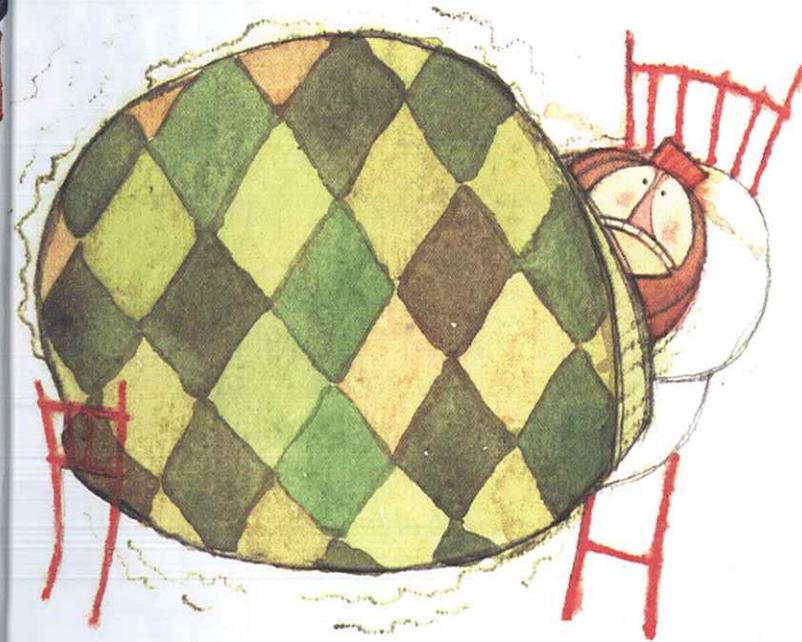
Esa noche Filomena se durmió muy triste.

Cuando despertó, vio que su hermano aún no se había levantado.

—¿No vas a ir a comer, Rigoberto?

—No, en un rato más. Tengo tanto frío y sueño.

—A mí me pasa lo mismo —dijo Filomena—. ¿Estaremos enfermos?





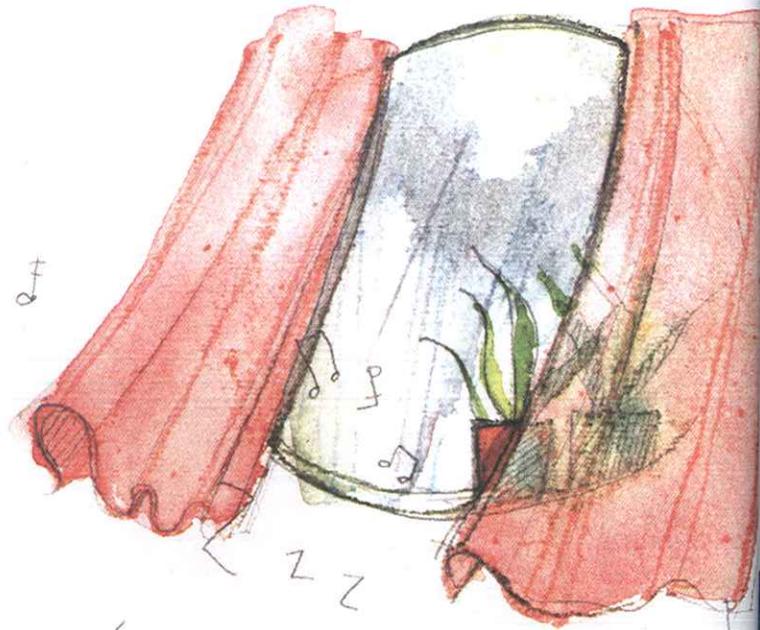
Mientras pensaba, recordaba la voz de Augusta cantando la mentada "cuncuna":

*Un día le pasó algo raro,
sentía su cuerpo inflado.
No tuvo ganas de salir,
sólo quería dormir.*

—Parece que es una epidemia —le dijo Rigoberto—. No hay casi nadie comiendo. Nos podríamos poner nuestros pijamas de invierno y dormir un poco. ¿Qué te parece?

Así lo hicieron y se durmieron profundamente.





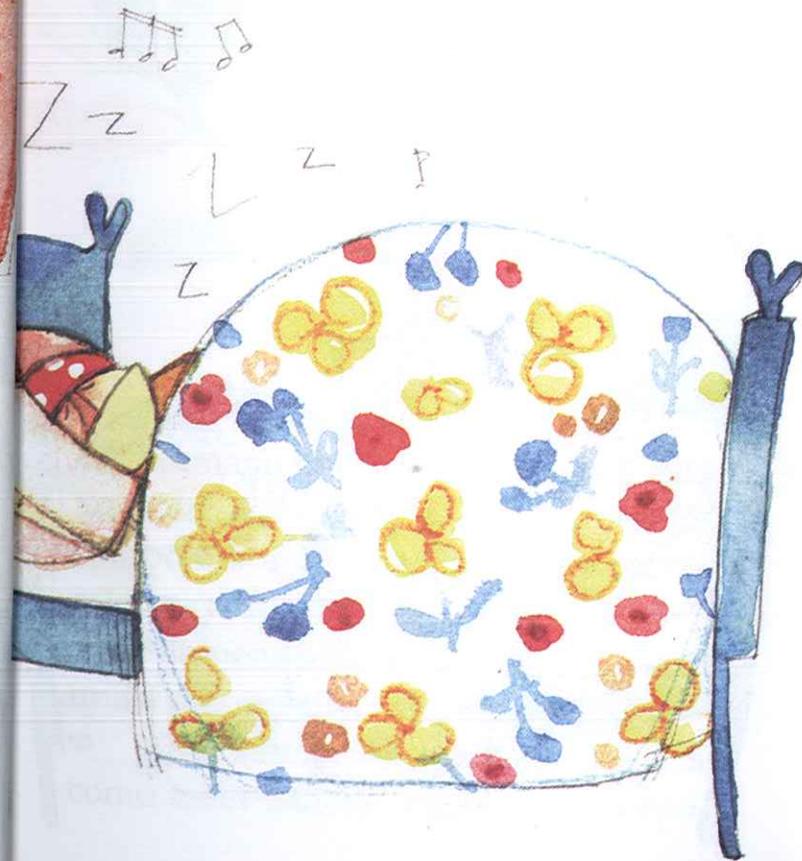
Mientras dormía, soñó y soñó con
la canción de Augusta, con los sones de
la música que decía:

*Se puso camisa de seda,
se escondió en una gran higuera.
Todo el invierno durmió...*

ab Cuando despertó, Filomena se
sintió distinta.

Le costó mucho sacarse el pijama.
"¿Cuánto habré dormido?", pensó.
"¡Qué rara me siento!"

Aún sonaban en su cabeza las
últimas notas de la canción.



Se sintió observada y se percató de que una hermosa mariposa la estaba mirando.

—¡Hola Filomena! —le dijo—. Por fin despiertas. ¿Vamos a volar?

¿Volar? ¿Sería acaso una mariposa loca?



Pero tenía la voz de Rigoberto... ¡Su hermano era una mariposa! ¡Y ella también! Por eso se sentía tan rara. Su cuerpo era más delgado, y ahora tenía piernas y... ¡alas!

Filomena se levantó y fue estirando una a una sus nuevas piernas.

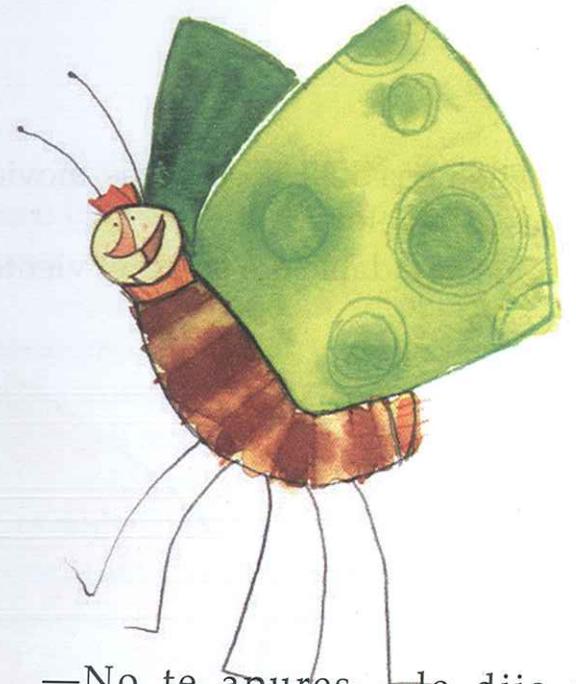
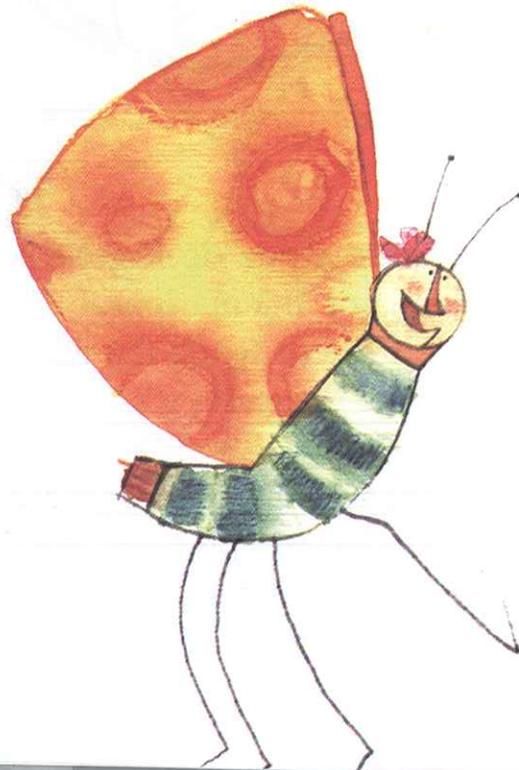
¡Qué sensación tan extraña! Era como tener zancos pegados al cuerpo.

Caminó lentamente hasta Rigoberto.

—¿Cómo se usan las alas? ¿Qué hago para moverlas? —preguntó asustada Filomena.

—Piensa en moverlas... ¡y ya!—. Rigoberto no supo explicárselo mejor.

Filomena trató y trató, pero no pudo mover las alas. Miró con preocupación a Rigoberto, ¿se enojaría con ella porque no lograba volar?



—No te apures —le dijo su hermano—, tenemos tiempo.

—Gracias por tu paciencia. Antes te enojabas por todo conmigo.

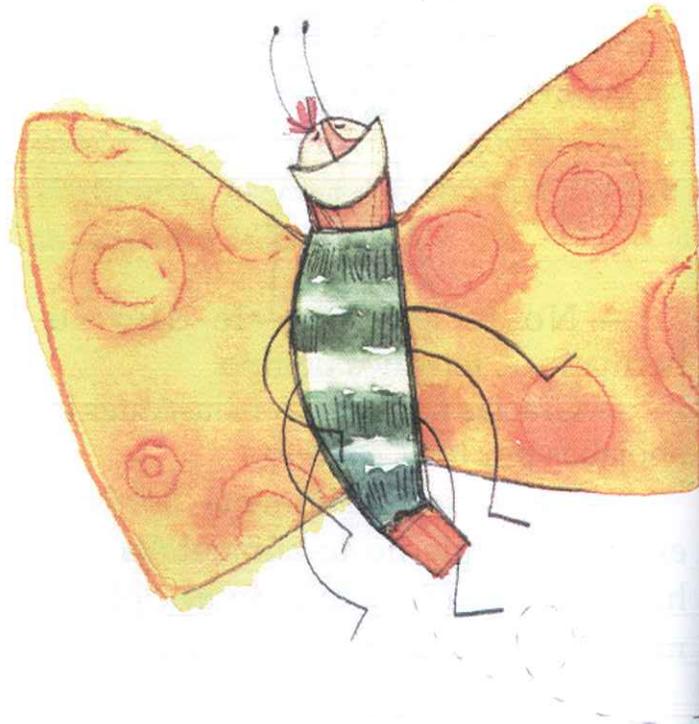
—No es cierto, Filomena. Sólo me enojaba porque no te alimentabas. Si hubieras comido y mirado al cielo al mismo tiempo, nunca te habría retado.

Intentando e intentando una y otra vez, Filomena al fin, pudo abrir las alas y moverlas.

—¡Bien! —le dijo Rigoberto—. Ahora volemós hasta esa rama de más abajo.

Filomena dobló las piernas, movió las alas y... ¡voló!

¡Qué agradable era sentir el viento en la cara!

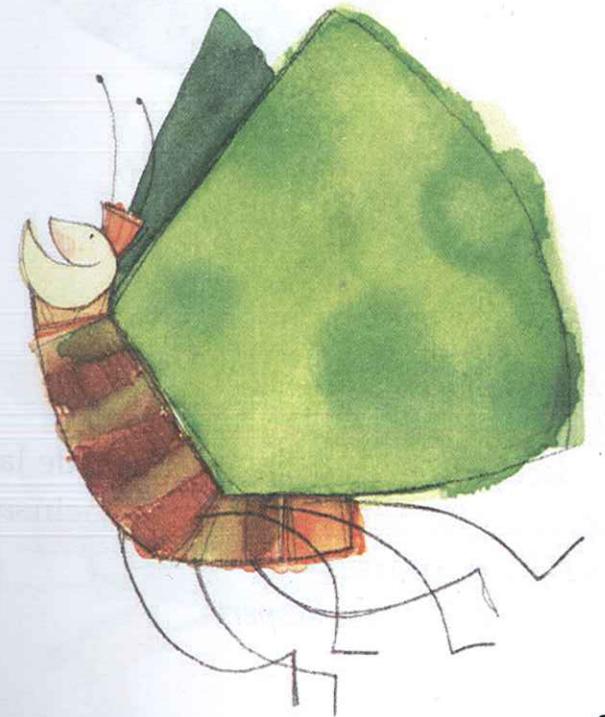


Al llegar a la rama de abajo, no posó bien los pies y trastabilló pero, ya sabía volar.

—Ahora —le dijo Rigoberto—, sólo tienes que practicar y vas a poder volar hasta donde quieras.

—Mi sueño es ir hasta el Sol.

—¿Al Sol? —preguntó Rigoberto—. Está demasiado lejos, pero si practicamos lo suficiente, tal vez podamos ir. Yo te acompaño.





Recordó la frase de la estrofa de la canción que había dejado inconclusa antes de dormirse:

... y con alas se despertó.

—Yo también quiero ir con ustedes —escucharon que decía Augusta desde la rama más alta—. Espérenme, ya bajo a conversar.

Y ¡paf! cayó con un gran estruendo. Es que ya no sólo tenía puesto un sombrero morado con rayas anaranjadas, sino también unos hermosos zapatos que le hacían juego. Uno para cada uno de sus seis pies.



—¿No son hermosos mis zapatos?
—les dijo orgullosa Augusta mientras
trataba de pararse—. Son un poco
pesados, pero ya aprenderé a volar con
ellos puestos hasta el Sol.



Filomena y Rigoberto pensaron
que sería mejor volar al Sol sin zapatos,
pero no le dijeron nada.

Desde ese día, los tres empezaron a
practicar el vuelo.



Augusta era la que más problemas acarreaba. Los zapatos le pesaban, el sombrero se le volaba y había que ir a buscarlo continuamente. Cuando, además, se le caían los zapatos, tenían que estar mucho tiempo buscándolos por todas partes.

Al principio sólo volaban sobre las plantas de tomates, pero al poco tiempo, ya se aventuraban hasta el bosque vecino.

En ese momento entendió la última estrofa de su canción preferida:

*Ahora ya puedo volar,
como ese lindo zorzal.*

*Mariposa yo soy,
con mis alitas yo me voy.*



En el bosque conocieron al alerce más viejo y se hicieron amigos de él. Por eso decidieron que su viaje al Sol lo empezarían y terminarían en sus ramas más altas.

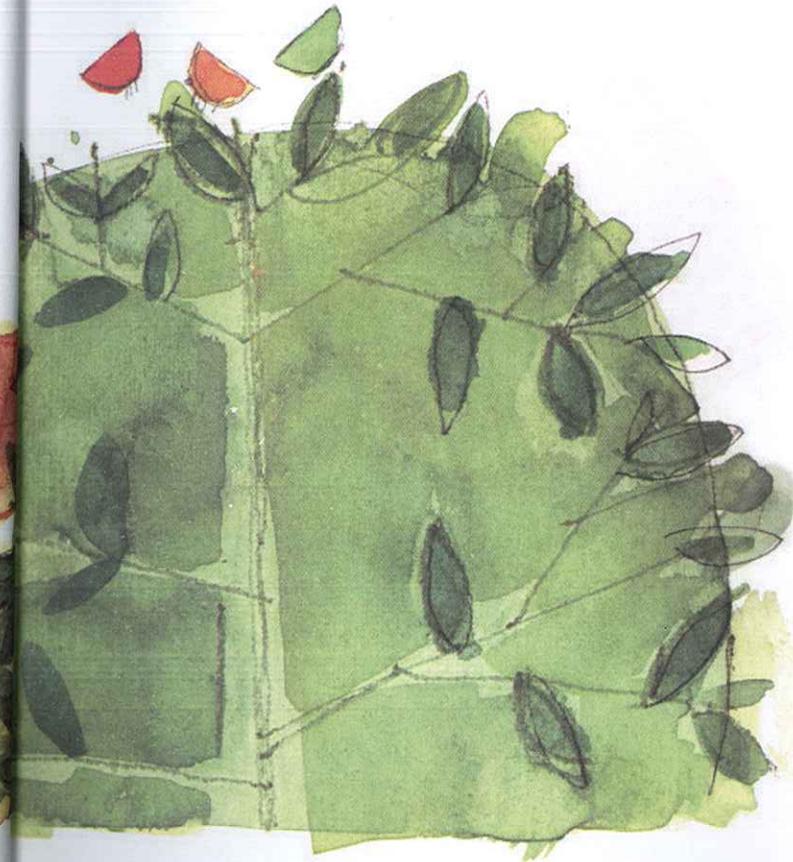
—*Si al Sol quieres llegar, debes trabajar y trabajar* —le repetía constantemente, como una canción, el alerce a Filomena.



Cuando Filomena sintió que podía llegar hasta el Sol, los tres amigos subieron hasta la copa del alerce.

Cuando éste vio que ya habían decidido partir, le dijo a Augusta:

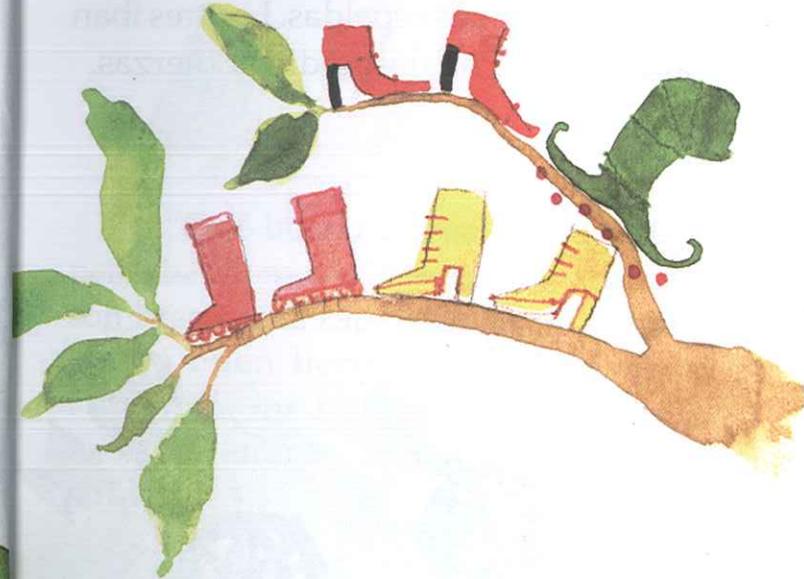
—¿No me dejas los zapatos y el sombrero para que vueles más ligero?



Augusta tomó su sombrero verde adornado con cerezas rojas y lo miró con pena. Luego miró sus zapatos y se fue sacando los seis, de uno en uno.

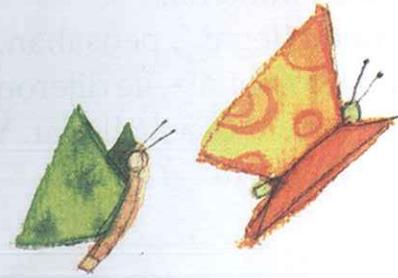


Dejó todo muy ordenado sobre una rama del alerce, se aseguró de que no había peligro de que se cayeran y declaró que estaba lista para partir.



Los tres amigos se despidieron del alerce y emprendieron el vuelo.

Para que Filomena descansara, Rigoberto y Augusta se turnaban para llevarla sobre sus espaldas. Los tres iban callados para no desperdiciar fuerzas.

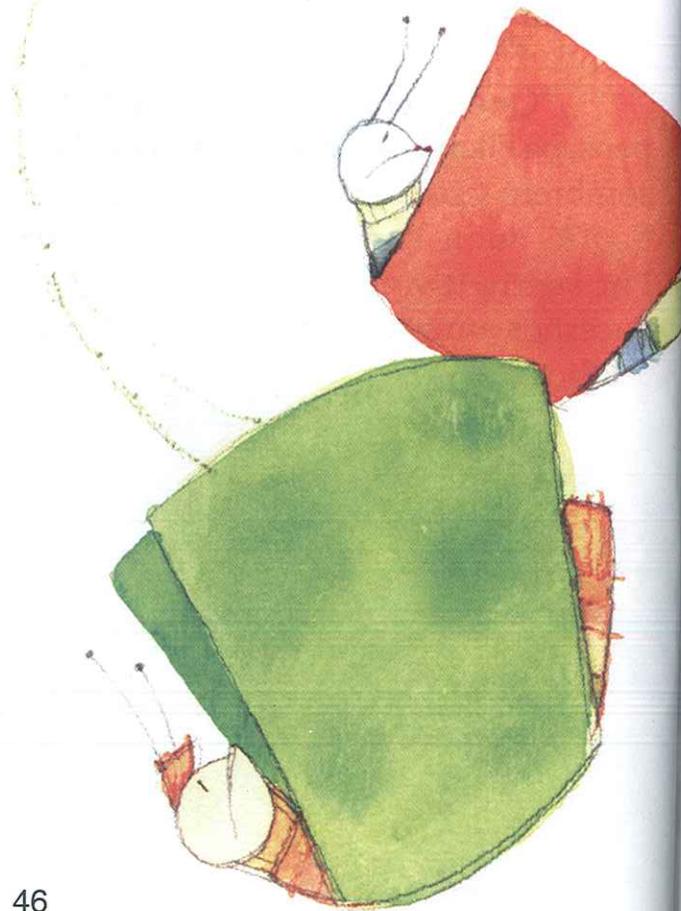


“Qué buena amiga es Augusta”, pensaba Filomena. “Hasta se separó de su sombrero y sus zapatos para ayudarme. Y qué buen hermano es Rigoberto. Por suerte tuvimos la oportunidad de hacernos amigos, aunque haya sido de adultos”.

Cuando Rigoberto y Augusta no pudieron más de agotamiento, tuvieron que dejar sola a Filomena.

“Ojalá pueda llegar”, pensaban.

—¡Ánimo Filomena! —le dijeron—. No te des por vencida hasta llegar. Y se dejaron caer a la Tierra.



Ambos estaban tan cansados que en cuanto se posaron sobre el alerce, se quedaron profundamente dormidos.

Despertaron muy tarde y vieron que Filomena también había vuelto de su viaje.

Estaba sentada en el extremo de una rama mirando con pena hacia el cielo.

Augusta se puso su sombrero y sus zapatos rápidamente y voló hasta ella.

Poco después llegó Rigoberto.

—¿No pudiste llegar hasta el Sol?
—le preguntó Augusta a Filomena.



—Sí, llegué —dijo Filomena con un suspiro.

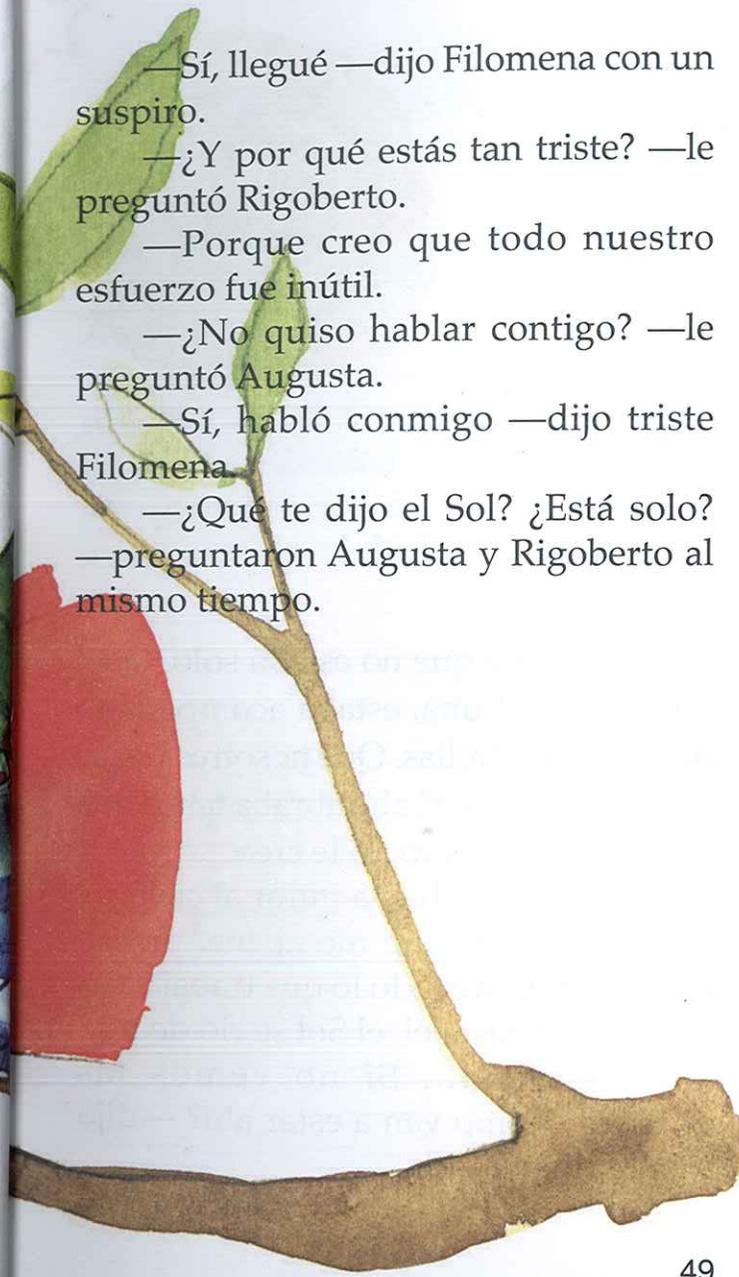
—¿Y por qué estás tan triste? —le preguntó Rigoberto.

—Porque creo que todo nuestro esfuerzo fue inútil.

—¿No quiso hablar contigo? —le preguntó Augusta.

—Sí, habló conmigo —dijo triste Filomena.

—¿Qué te dijo el Sol? ¿Está solo?
—preguntaron Augusta y Rigoberto al mismo tiempo.





—Me dijo que no estaba solo. Que, igual que la Luna, estaba acompañado de muchas estrellas. Que nosotros no las veíamos porque él alumbraba tanto que tapaba su luz. Pero no le creo.

Filomena volvió a mirar al cielo.

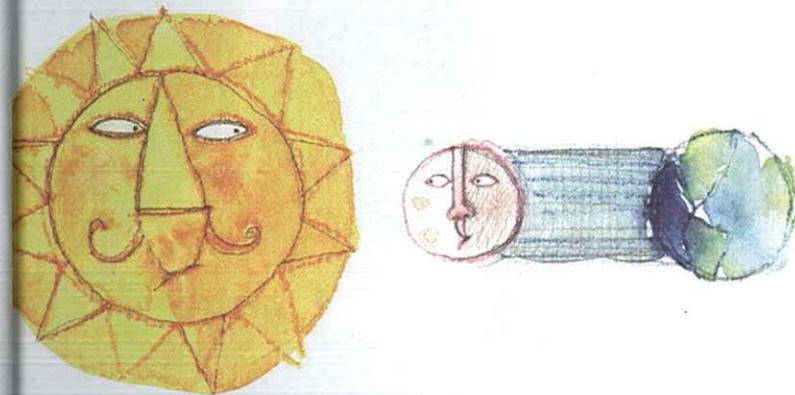
—Eso es lo que me apena, pienso que, después de todo lo que trabajamos para llegar hasta él, el Sol se rió de mí.

—Mmmm... Si no vemos las estrellas, ¿cómo van a estar ahí? —dijo Rigoberto.

—El Sol dice que él las ve todo el tiempo y que desde la Tierra se ven sólo cuando hay algo que se llama... ¿cómo era? ...“eclipse solar” —dijo Filomena con desánimo.

—¿Qué será eso? —preguntó Augusta.

—Dijo que era cuando la Luna se ubicaba entre él y la Tierra y acá se oscurecía en mitad del día. Tiene que ser una invención del Sol. ¿Cómo se va a oscurecer en el día?



—Tantos años que llevo viviendo y nuevas cosas sigo aprendiendo —dijo entonces el alerce.

—¿Por qué lo dices? —le preguntó Filomena.

—Más de una vez en mi vida he visto que llega la noche en mitad del día. Ahora sé que eso se puede explicar: es un eclipse solar —dijo el alerce.

—¿Cómo son? —preguntó Augusta.

—Es difícil de decir, pero voy a tratar de describirlos: en un momento cualquiera, se hace noche en la Tierra; se siente frío y todo está oscuro... así es, se los aseguro —dijo el alerce.



—¿Y se ven las estrellas? —preguntó ansiosa Filomena.

—En todo el cielo se ven estrellas, igual de bellas que en la noche —aseguró el alerce.

—Entonces el Sol dijo la verdad. ¡No está solo! —Filomena estaba muy contenta—. Tiene tantas amigas como la Luna. Gracias alerce, Augusta y Rigoberto por haberme ayudado a comprenderlo.



Desde ese día, Filomena ya no se preocupó más del Sol. Se dedicó a hacer amigos entre las mariposas y a disfrutar de la compañía de Augusta y Rigoberto.



¡Ah!, se me estaba olvidando...
además Filomena aprendió a cantar,
completa, *La cuncuna*:

*Una cuncuna amarilla,
debajo de un hongo vivía.
Allí debajo de una rama,
tenía escondida su cama.*

*Comía pedazos de hojas,
tomaba el sol en las copas.
Le gustaba salir a mirar,
a los bichitos que pueden volar.*

*¿Por qué no seré como ellos?,
preguntaba mirando los cielos.
¿Por qué me tendré que arrastrar?,
si yo lo que quiero es ¡volar!*



*Un día le pasó algo raro,
sentía su cuerpo inflado.
No tuvo ganas de salir,
sólo quería dormir.*

*Se puso camisa de seda,
se escondió en una gran higuera.
Todo el invierno durmió
y con alas se despertó.*

*Ahora ya puedo volar,
como ese lindo zorzal.
Mariposa yo soy,
con mis alitas yo me voy.*

